

V.

Una mañana, allá á las once, Clorinda fué á casa de Rougón, calle de Marbeuf. Regresaba del Bosque, y un criado cuidaba de su caballo, á la puerta. Fuése en derechura al jardín, volvió á la izquierda y se plantó delante de una ventana abierta de par en par, del gabinete en que trabajaba el gran hombre.

—¡Eh! ¿qué tal? ¿le sorprendo á usted?—le dijo de golpe y porrazo.

Rougón alzó vivamente la cabeza, y ella se reía en medio del caluroso sol de junio. Su vestido de amazona, de recio paño azul, cuya larga cola se había terciado al brazo izquierdo, hacía parecer de mayor estatura; mientras que su corpiño de chaleco, con faldillas redondas, muy ajustado, parecía como una viviente piel que le ceñía los hombros, el seno y las caderas. Llevaba puños de hilo y un cuello de hilo también, bajo el cual se anudaba una sutil corbata de seda azul. Sobre los recogidos cabellos, llevaba con garbo y donosura, un som-

brero de hombre, á cuyo alrededor veíase una gasa, como azulada nube, empolvada con el polvo de oro del sol.

—¡Cómo! ¡es usted!—exclamó Rougón levantándose con presteza.—¡Pero entre usted!

—No, no,—contestó la joven.—No se moleste usted, pues sólo tengo una palabra que decirle... Mamá debe de estarme esperando para almorzar.

Era aquélla la tercera vez que por modo tal se presentaba en casa de Rougón, contra todas las conveniencias sociales; mas hacía como que tenía empeño en quedarse en el jardín. Por lo demás, las dos primeras veces se había presentado también en traje de amazona, traje que le prestaba cierta libertad de muchacho y cuya larga falda debía de parecerle de suficiente protección.

—Ha de saber usted que vengo en clase de mendiga,—prosiguió. Se trata de billetes de lotería... Hemos organizado una lotería en beneficio de las niñas pobres.

—Pues bien, entre usted—repitió Rougón.—Ya me explicará usted eso.

Habíase quedado con el latiguillo en la mano, un latiguillo preciosísimo, con puñito de plata. Echóse á reír, dándose ligeros golpes en la falda.

—¿Qué más explicaciones he de dar? Usted no ha de hacer sino tomarme billetes. No he venido para otra cosa... Tres días hace que le busco á usted las vueltas, sin conseguir echarle la mano encima, y la lotería se sortea mañana.

Entonces, sacando una carterita del bolsillo, le preguntó:

—¿Cuántos billetes quiere usted?

—Ni uno siquiera, si no entra usted aquí—le contestó.

Y agregó en tono placentero:

—¡Qué demontre! ¿Acaso se hacen negocios por las ventanas? Estoy en que no debo de entregarle á usted dinero, como si se tratase de una mendiga.

—Lo mismo me da, con tal de que usted me lo entregue.

Mas él se mantuvo en sus trece. Clorinda le miró un instante, sin decir palabra. Después continuó:

—Si entro, ¿me tomará usted diez?... Son de á diez francos.

Y no se determinó á entrar de seguida. Empezó por dirigir una rápida mirada al jardín. Un jardinero, arrodillado en una avenida, plantaba una canastilla de geranios. Tras de una ligera sonrisa, se dirigió á la pequeña escalinata de tres peldaños, que llevaba á la puerta-ventana del gabinete. Rougón le tendió la mano, y cuando la hubo conducido á la mitad de la estancia:

—A lo que parece, tiene usted miedo de que me la coma—le dijo.—Usted sabe muy bien que soy el más sumiso de sus esclavos... ¿Qué puede usted temer aquí?

La joven proseguía dando ligeros golpecitos en su falda con el latiguillo.

—Nada temo absolutamente—contestó con toda la serenidad de joven emancipada.

Después, cuando hubo dejado el látigo sobre un sofá, registró de nuevo en su cartera.

—Toma usted diez, ¿no es eso?

—Y veinte, si usted lo quiere—le contestó.—Pero, por favor, siéntese usted; charlemos un poco... Creo que no va usted á escaparse tan deprisa y corriendo... ¿eh?

—Entonces, un billete por minuto, ¿estamos? Si permanezco aquí un cuarto de hora, serán quince billetes; si veinte minutos, veinte; y de este modo hasta la noche. Yo no tengo inconveniente... ¿Trato hecho?

Y se regocijaron sobremanera con semejante convenio. Clorinda acabó por sentarse en una butaca, en el vano mismo de la ventana que permanecía abierta. Rougón para no asustarla, volvió á sentarse á su bufete. Y pusieron á hablar, en primer lugar de la casa. La amazona dirigía miradas por la ventana, parecíale el jardín algo reducido, pero encantador, con su césped central y sus grupos de verdes árboles. Rougón le hacía detallada reseña de la distribución de habitaciones. Bajo en el entresuelo, se encontraban su gabinete, un gran salón, otro pequeño y un muy hermoso comedor; en el primer piso, lo mismo que en el segundo, había siete distribución de habitaciones. Bajo en el entresuelo, sobrado espacioso para él. Cuando el emperador le regaló aquel hotel, debía de contrarar matrimonio

con una dama viuda, elegida por su misma Magstad. Pero la dama había muerto, y él se quedaría soltero.

—¿Por qué?—le preguntó mirándole fijamente el rostro.

—¡Bah!—le contestó.—Otras son las cosas en que tengo que pensar. A mi edad ya no se tiene necesidad de mujer.

Pero Clorinda, encogiéndose de hombros, le dijo sencillamente:

—No presuma usted de ello.

Habían llegado á sostener entre ellos conversaciones muy libres. Pretendía la joven que él fuese de voluptuoso temperamento; mas sabía defenderse y le refería su juventud, años transcurridos en habitaciones desprovistas de todo, en donde ni siquiera las lavanderas entraban, decía riendo. Entonces Clorinda le hacía preguntas sobre sus queridas, con suavidad infantil; algunas había tenido—le decía—no podía, por ejemplo, manchar la memoria de cierta dama, conocida en todo París, quien, al dejarle, se había establecido en provincia. Pero Rougón se encogía de hombros. Las faldas apenas le hacían mala obra. Cuando la sangre se le subía á la cabeza ¡qué diantre! era como todos los demás, y capaz habría sido de echar un tabique abajo con los hombros para entrar en una alcoba. No estaba por entretenerse en bagatelas; y así que todo había terminado, se quedaba tan tranquilo, y hasta otra.

—No, no, nada de mujer—repetía con los ojos ya hechos unas candelas, ante la rendida actitud de Clorinda.—La mujer ocupa demasiado lugar.

La joven, retrepada en la butaca, se sonreía por modo extraño. Su semblante aparecía como desfallecido y su seno latía con lentitud. Exageraba su acento italiano y resultaba melodiosa su voz.

—¡Quite usted allá, caro amigo! ustedes nos adoran—le dijo.—¿Quiere usted apostar algo á que quedará usted casado en este mismo año?

Y tan segura parecía de ganar, que hasta se mostraba irritante. De algún tiempo á aquella parte, ofrecíase á Rougón con toda tranquilidad. No se tomaba ya el trabajo de disimular su lenta seducción, aquel trabajo inteligente de que le había rodeado, antes de emprender el sitio formal de sus aspiraciones. Ahora le tenía ya por sobrado conquistado para seguir la aventura á cara descubierta. Habíase entablado entre ellos un verdadero desaffo, de cada día, de cada hora. Si no establecían aún en alta voz las condiciones del combate, percibíanse muy francas confesiones en sus labios y en sus ojos. Cuando se miraban no podían menos de sonreír, se provocaban. Clorinda ponía precio, iba derecha á su fin, con soberbia audacia, segura como estaba de conceder tan solo lo que quisiese. Rougón, aturdido ya, herido en su amor propio, prescindía de todo escrúpulo y soñaba sencillamente en hacer su querida de aquella linda muchacha, y abandonarla después para probarle su superioridad

sobre ella. El orgullo de ambos batallaba más alto aún que sus sentidos.

—En nuestro país—continuaba Clorinda en voz baja,—el amor es el asunto de mayor interés. Las muchachillas de doce años tienen ya sus enamorados... Yo he venido á ser un muchacho, porque he viajado de acá para allá. ¡Pero si hubiese usted conocido á mamá cuando era joven! No salía nunca de su casa, pero era tan hermosa, que se venía á verla de muy lejos. Un conde permaneció expresamente seis meses en Milán, sin llegar á verle ni una trenza de sus cabellos. Esto se debe á que las italianas no son como las francesas, que pasan la vida charlando y azotando calles; quedan abrazadas al hombre á quien han elegido... En cuanto á mí, yo he viajado é ignoro si guardaré de aquello memoria; paréceme, no obstante, que amaré con alma y vida, sí, con alma y vida, hasta morir de amor...

Poco á poco había ido entornando los párpados y su rostro se bañaba en éxtasis voluptuoso. Rougón, en tanto que ella hablaba, había dejado el bufete, con las manos temblorosas, como atraído por fuerza superior é irresistible. ¡Mas, cuando se hubo acercado, la joven abrió del todo los ojos y le miró con toda tranquilidad. Señalando al reloj, y sonriendo, repuso:

—Esto compone diez billetes.

—¿Cómo diez billetes?—balbuceó Rougón sin comprender.

Cuando volvió en sí, Clorinda se reía á carcajadas. Así se complacía en enloquecerle; y luego apartábase de él en un abrir y cerrar de ojos, cuando se aprestaba á abrir los brazos; aquello parecía divertirla sobremanera. Rougón, que, de repente, se había quedado muy pálido, la miró hecho una furia, lo que la hizo reír todavía más.

—Vamos, me voy—dijo.—No es usted muy galante que digamos con las damas... No, con formalidad, mamá me está esperando para almorzar.

Pero ya Rougón había recobrado su aire paternal. Tan sólo sus ojos grises, bajo los pesados párpados, despedían relámpagos, cuando la joven volvía la cabeza; y envolvíala entonces por completo en una mirada, con la rabia del hombre fuera ya de sus sillillas, resuelto á acabar de una vez, á jugar el todo por el todo. Decíale, sin embargo, que bien podía concederle cinco minutos más. ¡Era tan engorroso el trabajo en que le había encontrado ocupado! ¡una Memoria para el Senado, sobre peticiones!... Y púsose á hablarle de la emperatriz, á quien consagraba verdadero culto. Hacía diez días que la emperatriz se hallaba en Biarritz. Entonces la joven se reclinó de nuevo en el fondo de la butaca, entregándose á un charloteo sin fin. Conocía al dedillo Biarritz, y antaño había pasado allí una temporada, cuando aquella playa no estaba aún de moda. Desesperábase por no poder volver durante la estancia allí de la corte. A seguida pasó á contar una sesión de la Academia, á donde el señor de Plou-

guern la había llevado el día anterior. Recibíase á un escritor, de quien se reía mucho, porque era calvo; por lo demás, todos los libros le causaban horror. Cuando se le ponía en el moño leer, tenía que meterse en la cama, pasto de crisis nerviosas. No entendía jota de lo que leía. Cuando Rougón le dijo que el escritor recibido la víspera era enemigo del emperador, y que era su discurso un hormiguero de alusiones abominables, se quedó consternada.

—Sin embargo, parecía una excelente persona— dijo Clorinda.

Rougón, á su vez, tronaba contra los libros. Aca- baba de ver la luz pública una novela, que le indignaba; una obra de la más depravada imaginación, que fingiendo verdadero interés por la verdad exacta, arrastraba al lector á los desenfrenos de una mujer histérica. Aquella palabra «histérica» pareció ser de su agrado, pues la repitió tres veces. Clorinda le preguntó qué era lo que significaba, pero él se negó á darle explicación alguna, acometido de gran pudor.

—Todo se puede decir—prosiguió;—consiste en el modo de decirlo... Así es que en el gobierno se ve uno obligado á tratar de los asuntos más delicados. Yo he leído informaciones ó memorias sobre ciertas mujeres, pongo por caso, ¿me comprende usted? en que se leen los detalles más precisos, en estilo clarísimo, sencillo, honesto, casto, en fin... Al paso que los novelistas de hogaño han adoptado un estilo lúbrico, un modo de decir las cosas que las re-

presentan como vivas á nuestros ojos. A eso llaman arte, cuando no es más que inconveniencia, y asunto concluído.

Hasta pronunció la palabra «pornografía» y llegó hasta á nombrar al marqués de Sade, á quien, por lo demás, en su vida había leído. En esto, hablando hablando, maniobraba con gran habilidad para pasar detrás de la butaca de Clorinda, sin que ella se percatara. La joven, con la mirada vaga, murmuraba:

—¡Oh! por mi parte, ni siquiera he abierto una sola novela. Todas esas mentiras son verdaderas estupideces... ¿No tiene usted noticia de *Leonora la bohemía*? Es de lo más bonito. La leí en italiano, cuando era pequeñita. Se habla en ella de una joven que se casa en fin con un señor. Empezaron por robarla unos bandidos...

Mas un ligero chirrido que se oyó á su espalda, la hizo volver vivamente la cabeza, como despertada con sobresalto.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó.

—Bajo la cortina—contestó Rougón.—El sol debe de molestarla á usted.

Hallábase, en efecto, envuelta en un rayo de sol, cuyos voladores átomos doraban, cual luminoso polvillo, el paño de su amazona.

—¿Quiere usted dejar la cortina?—exclamó.—A mí me gusta el sol; me siento como en un baño.

Y llena de inquietud, se medio incorporó y dirigió una mirada al jardín, para ver si el jardinero se

hallaba allí todavía. Cuando hubo dado con él, al otro lado de la canastilla, en cuclillas, sin que se le viera más que la espalda cubierta con su blusa azul, volvió á tomar asiento, tranquilizada, sonriente, Rougón, que había seguido la dirección de su mirada, dejó la cortina, en tanto que la joven le bromeaba. Era, pues, como los buhos, le decía, que buscaba la sombra. Mas él no se incomodaba, y andaba en medio del gabinete, sin demostrar el menor despecho. Su aventajado cuerpo ofrecía los tardos movimientos del oso que trama alguna traición.

Después, hallándose al otro extremo de la estancia, junto á un amplio canapé, encima del cual hallábase colgada una grande fotografía, la llamó:

—Venga usted á ver—le dijo.—¿No ha visto usted mi último retrato?

Clorinda se retrepó todavía más en la butaca y contestó, sin cesar de sonreír:

—Lo veo muy bien desde aquí... y además, ya me lo ha enseñado usted.

No se desanimó el grande hombre. Había ido á echar la cortina de la otra ventana, é inventó aún dos ó tres pretextos para atraerla á aquel rincón de misteriosa sombra, en donde se estaba á las mil maravillas, según decía. Desdeñando tan burdo lazo, la joven ni siquiera respondió, contentándose con negar con la cabeza. Entonces, viendo que había comprendido, volvió á plantarse delante de ella, con las manos cruzadas, cesando de recurrir á la astucia y provocándola cara á cara.

—¡Ah, me olvidaba!... Quiero enseñar á usted mi «Monarca», mi nuevo alazán. Ya sabe usted que he hecho un cambio... Usted me dará su opinión tocante á él, usted, á quien tanto le gustan los caballos.

Volvióse á negar, pero Rougón insistió; la cuadra no estaba más que á cinco minutos de allí; sería cosa de cinco minutos todo lo más. Pero como continuase diciendo que no, á él se le escapó decir á media voz y en tono casi de desprecio:

—¡Ah! ¡no es usted valiente!

Aquello fué como un latigazo. La joven se puso en pie, sería, un tanto pálida.

—Vamos á ver á Monarca—dijo sencillamente.

Echó la cola de su amazona sobre el brazo izquierdo. Púsose á mirarle fijamente, cara á cara. Durante un instante, se estuvieron contemplando tan profundamente, que leían mutuamente sus pensamientos. Era como un reto ofrecido y aceptado, sin miramientos de ninguna clase. Y fué ella la primera en bajar la escalinata, mientras que Rougón se abrochaba maquinalmente el batín con que se hallaba vestido. Mas apenas Clorinda hubo andado tres pasos en la avenida, cuando se detuvo.

—Espere usted—le dijo.

Volvió al gabinete. Cuando estuvo de regreso, daba ligeramente vueltas en sus dedos, al latiguillo de montar, que había dejado olvidado tras un almohadón del canapé. Rougón miró el látigo como quien no hacía la cosa, y luego alzó lentamente los

ojos para mirar á Clorinda. Esta ahora se sonreía y echó también á andar delante.

La cuadra estaba á la derecha, en el fondo del jardín. Cuando pasaron por delante del jardinero, éste se hallaba arreglando sus trebejos, en disposición de marcharse. Rougón sacó el reloj; eran las once y el palafrenero debía de estar almorzando. Y, bajo el ardiente sol, con la cabeza descubierta, seguía á Clorinda, quien tranquilamente iba andando, dando latigazos á diestra y siniestra á los verdes árboles. No cruzaron tan sólo una palabra, y ella ni siquiera se volvió. Después, llegado que hubieron á la cuadra, dejó que Rougón abriese la puerta y pasó delante de él. La puerta, empujada con demasiada fuerza, se cerró violentamente, sin que ella cesase de sonreír. Su semblante aparecía cándido, soberbio y confiado á la vez.

La cuadra era pequeña, sin nada extraordinario y con cuatro divisiones de roble. A pesar de que se habían lavado las losas por la mañana, y que las entabladuras, los depósitos y los pesebres ostentaban gran limpieza, un fuerte tufo llenaba el ambiente. Sentíase un húmedo calor de bañera. La claridad, que penetraba por dos tragaluces redondos, atravesaba con sendos pálidos rayos la obscuridad del techo, sin iluminar los negros rincones del suelo. Clorinda, con los ojos deslumbrados por la gran claridad del exterior, no distinguió nada al principio; mas esperó, sin volver á abrir la puerta, para no dar á entender que tenía miedo. Dos divisiones

tan sólo estaban ocupadas. Los caballos resoplaban, volviendo la cabeza.

—¿Es éste, no?—preguntó cuando los ojos se hubieron acostumbrado á la obscuridad.—Me parece de muy buena estampa.

Dió unos golpecitos en la grupa del caballo. Luego se deslizó en el compartimiento, acariciándole el cuerpo todo á lo largo, sin demostrar temor alguno. Deseaba—decía—verle la cabeza. Y, cuando se halló en el fondo, Rougón oyó que le aplicaba ruidosos besos en las ventanas de la nariz. Esto le sacó de quicio.

—Vuelva usted atrás, se lo suplico. Si se dejase caer de costado, quedaría usted aplastada.

Mas ella se reía y besaba al caballo con más entusiasmo aún, hablándole con las palabras más cariñosas, mientras que el animal, regalado con aquella lluvia de inesperadas caricias, sentía estremecimientos que le recorrían por toda su sedosa piel. Por último la joven salió de allí; decía que sentía verdadero flaco por los caballos, que la conocían muy mucho, que nunca le hacían mal, aunque les impacientase. Muy bien que sabía cómo se les debía de tratar. Eran animales muy cosquillosos. Monarca tenía aspecto de buen muchacho. Y se puso en cuclillas detrás de él y le levantó una de las patas con ambas manos para examinarle el casco. El caballo no mostró la menor resistencia.

Rougón, en pie, la veía agachada ante él. En el enorme montón de sus faldas, las caderas henchían

el paño cuando se inclinaba. No decía ya una palabra, la sangre se le agolpaba á la garganta, pasto de repente de la timidez de la gente brutal. No obstante, concluyó por bajarse. Entonces Clorinda sintió un imperceptible roce bajo los brazos, pero tan ligero, que continuó examinando el casco del cuadrúpedo. Rougón tomó aliento, y, bruscamente, extendió más las manos; pero la joven no demostró el menor sobresalto, como si hubiese estado esperando aquello. Dejó el casco del caballo, y dijo, sin volver la cabeza:

—¿Qué tiene usted? ¿qué le da?

Quiso cogerla por la cintura, pero recibió papirotazos en los dedos, mientras que la joven agregaba:

—No, nada de juegos de manos, si le parece á usted. Yo, como los caballos, soy cosquillosa... ¡Buen bromista está usted!

Y se reía, haciendo como que no entendía nada. Mas así que el aliento del grande hombre llevóle el calor á la nuca, levantóse con potente elasticidad, como un resorte de acero; huyó de su alcance y fué á adosarse á la pared, frente á las divisiones. El la siguió con los brazos extendidos, tratando de echar mano de lo que pudiera; mas ella convertía en escudo la cola de la amazona, que llevaba al brazo izquierdo, mientras que con la derecha alzaba el látigo. El, con los brazos temblorosos, no pronunciaba una palabra; mas la joven, con el mayor sosiego, proseguía hablando:

—Creo que no intentará usted tocarme, ¿estamos?

En mi juventud, recibí lecciones de esgrima, y hasta deploro no haberlas continuado... Tenga usted cuidado con los dedos. ¿Ve usted? ¿qué es lo que le decía?

Parecía tomarlo á broma. No pegaba muy fuerte, divirtiéndose tan sólo en cruzarle la piel, cada vez que aventuraba sus manos hacia adelante. Y tan ligera se presentaba para el quite, que ni siquiera podía Rougón llegarle al vestido. Primeramente había querido cogerla por los hombros; pero alcanzado dos veces por el látigo, intentó dirigirse á la cintura; alcanzado otra vez, acabó traicioneramente por bajarse hasta las rodillas, no con ligereza suficiente para evitar una lluvia de latigazos sin gran importancia, pero lo bastante fuertes para que le obligaran á levantarse. Era una granizada, á derecha é izquierda, cuyo ligero chasquido se oía á alguna distancia.

Rougón, acribillado y escociéndole la piel, retrocedió un instante, púsose como la grana y gruesas gotas de sudor comenzaban á rodarle por las mejillas. El penetrante olor de la cuadra le embriagaba, y la tibieza del vaho animal, en la obscuridad, dábale alas para jugar el todo por el todo. Entonces el juego cambió de aspecto. Lanzóse rudamente sobre Clorinda, con impetuosos arranques; mas ella, sin cesar de reír y de hablar, no malgastó ya amistosamente sus latigazos, antes bien los aplicó en secos golpes, uno solo á la vez, el último con mayor fuerza que el precedente. Cuán hermosa aparecía, con la fal-

da arrollada á las piernas, con sus flexibles caderas en el ajustado corpiño, semejante á una ágil serpiente, de color azul oscuro. Cuando azotaba el aire con el brazo, la línea de su garganta, un tanto echada atrás, revestía un encanto sublime.

—Vamos á ver, ¿concluyó esto?—preguntó riendo.—Usted será el primero en cansarse, caro amigo.

Mas éstas fueron las últimas palabras que pronunció. Rougón, perdido el tino, espantoso, con la faz enrojecida, se revolvía con jadeante resoplido de toro escapado. A ella también, gozosa con sacudir á aquel hombre, encendíanse los ojos con fulgores de crueldad. Muda á su vez, apartóse de la pared y se adelantó soberbiamente al centro de la cuadro; y daba vueltas sobre sí misma, multiplicando los golpes, manteniéndole á distancia, y alcanzándole á los brazos, á las piernas, al vientre, á los hombros; y él en tanto, aturdido, enorme, iba de acá para allá, semejante á una fiera castigada por el domador. Clorinda azotaba por lo alto, como agigantada, altanera, con las mejillas pálidas y manteniendo en sus labios nerviosa sonrisa. No obstante, sin que ella se percatara, la fué empujando al fondo, hacia una puerta abierta que daba á una segunda pieza, en donde se encerraba provisión de paja y de heno. Después, como la joven defendiese el látigo, del cual él tenía trazas de querer apoderarse, cogióla por las caderas, no obstante los golpes que recibía, y la empujó para hacerla rodar sobre la paja, al través de la puerta, con ímpetu tal, que fué á caer al lado

de ella. No lanzó Clorinda un solo grito; mas á todo vuelo y con todas sus fuerzas, le cruzó el rostro de una oreja á otra.

—¡Gran zorra!—exclamó.

Y soltó las expresiones más sucias y canallescas renegando, tosiendo y falto de respiración. Se puso á tutearla, diciéndole que había dormido con todo el mundo, con el cochero, con el banquero, con Pozzo. Y acto seguido la preguntó:

—¿Y por qué no quiere usted nada conmigo?

Clorinda no se dignó contestar; hallábase en pie, inmóvil, palidísimo el rostro y con la altanera tranquilidad de una estatua.

—¿Por qué no quiere usted?—repitió.—Bien me ha dejado usted cogerle los brazos desnudos. Dígame usted tan sólo por qué no quiere nada conmigo.

Ella permanecía grave, superior á la injuria y con la mirada en otra parte.

—Porque...—dijo por último.

Y, sin apartar de él la vista, repuso tras breve silencio:

—Cátese usted conmigo... Después, cuando usted quiera.

Rougón contrajo una sonrisa, risa estúpida é humillante, que acompañó con una negativa de la cabeza.

—Pues entonces, jamás—exclamó.—¿Lo oye usted? ¡jamás! ¡jamás!

No añadieron una sola palabra y se volvieron á